

<http://johnpilger.com/articles/provoking-nuclear-war-by-media>

**JOHN PILGER**

## **Cómo provocar una guerra nuclear a través de los medios de comunicación**

Traducción: Luis Lluna Reig

**23 de agosto de 2016**

La exoneración de un hombre acusado del peor de los crímenes, genocidio, no apareció en titulares. No fue publicado ni por la BBC ni la CNN. The Guardian se permitió un breve comentario. Un reconocimiento tan inusual fue enterrado o suprimido, comprensiblemente. Pues diría demasiado sobre cómo hacen su trabajo los gobernantes del mundo.

La Corte Penal Internacional de la Haya para la antigua Yugoslavia (ICTY, por sus siglas en inglés) ha absuelto discretamente al último presidente de Serbia, Slobodan Milošević, de los crímenes cometidos de 1992 a 1995 durante la guerra de Bosnia.

Lejos de conspirar con el convicto líder serbobosnio Radovan Karadžic, Milošević, de hecho, “condenó la limpieza étnica”, se opuso a Karadžic e intentó detener la guerra que desmembraba a Yugoslavia. Enterrada casi al final de una sentencia de 2.590 páginas sobre Karadžic del mes de febrero último, esta verdad, además, demuele la propaganda que sirvió para justificar el ilegal ataque de la OTAN a Serbia en 1999.

Milošević murió de un ataque cardíaco en 2006, solo en su celda de La Haya, durante lo que vino a ser como un falaz juicio presidido por un “tribunal internacional” de invención norteamericana. Se le denegó una operación de corazón que podría haber salvado su vida, su estado empeoró y fue controlado y mantenido secreto por funcionarios estadounidenses, como WikiLeaks ha revelado.

Milošević fue la víctima de la propaganda de guerra que actualmente fluye como un torrente por nuestras pantallas y periódicos y atrae sobre todos nosotros un grave peligro. Él fue el prototipo de demonio, vilipendiado por los medios occidentales como el “carnicero de los Balcanes” responsable de “genocidio”, especialmente en la secesionista provincia yugoslava de Kosovo. El primer ministro Tony Blair así lo dijo, invocó el Holocausto y exigió actuar contra “este nuevo Hitler”. David Scheffer, el embajador extraordinario norteamericano para crímenes de guerra [sic], declaró que unos “225.000 hombres de etnia albanesa entre 14 y 59 años” pudieron haber sido asesinados por las tropas de Milošević.

Esta fue la justificación del bombardeo de la OTAN, dirigido por Bill Clinton y Blair, que mató a cientos de civiles en hospitales, escuelas, iglesias, parques y estudios de televisión y destruyó la infraestructura económica de Serbia. Se hizo ostensiblemente por razones ideológicas; en una famosa “conferencia de paz” en la ciudad francesa de Rambouillet, Milošević fue enfrentado a Madeleine Albright, la secretaria de Estado norteamericana, que se cubriría de infamia por su comentario de que había valido la pena la muerte de medio millón de niños iraquíes.

Albright hizo una “oferta” a Milošević que ningún dirigente hubiera podido aceptar. A menos que él estuviera de acuerdo con la ocupación militar de su país por fuerzas extranjeras, que quedarían “libres de todo proceso legal”, y en la imposición de un “libre mercado” neoliberal, Serbia sería bombardeada. Esto constaba en un “Apéndice B”, que los medios de comunicación no llegaron a leer o suprimieron. El objetivo era aplastar el último estado “socialista” independiente.

Cuando la OTAN comenzó el bombardeo, se produjo una estampida de refugiados kosovares “huyendo de un holocausto”. Apenas terminó, equipos de policía internacional llegaron a Kosovo para exhumar a las víctimas del “holocausto”. El FBI no pudo encontrar ni una sola fosa común y regresó a casa. El equipo forense español hizo lo mismo, denunciando su jefe furiosamente que se trataba de “una pirueta semántica de la máquina de propaganda de guerra”. La cuenta final de los muertos en Kosovo fue de 2.788. Esta cifra incluía combatientes de ambos bandos y serbios y gitanos asesinados por el Ejército de Liberación de Kosovo favorable a la OTAN.

Casi la totalidad de los cacareados misiles norteamericanos “guiados con precisión” no impactaron contra objetivos militares sino civiles, entre estos los nuevos estudios de la Radio Televisión Serbia en Belgrado. Murieron dieciséis personas, incluyendo camarógrafos, productores y maquilladores. Blair describió a los difuntos, irreverentemente, como parte del “control y mando” serbio. En 2008, la fiscal de la Corte Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, Carla Del Ponte, reveló que había sido presionada para que no investigara los crímenes de la OTAN.

Este sería el modelo de las siguientes invasiones de Washington en Afganistán, Irak, Libia y, con sigilo, en Siria. Todas ellas cumplen los requisitos de “crímenes primordiales” según los criterios de Nuremberg, todo dependió de la propaganda en los medios. Mientras que el periodismo de los tabloides desempeñó su papel tradicional, fueron los medios serios y fiables, a menudo liberales, los que resultaron más eficientes –la publicidad evangélica de Blair y sus guerras por The Guardian, las mentiras incesantes acerca de las no existentes armas de destrucción masiva de Saddam Hussein en The Observer y The New York Times, y el infalible son del tambor de la propaganda gubernamental mediante el silencio y la omisión de la BBC.

En el momento más álgido del bombardeo, Kirsty Wark de la BBC entrevistó al general Wesley Clark, Comandante Supremo de la OTAN. La ciudad serbia de Nis acababa de ser rociada con bombas de racimo norteamericanas, matando mujeres, ancianos y niños en un mercado abierto y un hospital. Wark no formuló ni una sola pregunta al respecto, o acerca de otras muertes de civiles. Otros fueron más descarados. En febrero de 2003, el día siguiente al que Blair y Bush hubieran prendido fuego a Irak, el editor de Política de la BBC, Andrew Marr, se detuvo en Downing Street e hizo lo que llegó a ser un discurso de victoria. Con excitación dijo a sus televidentes que Blair “manifestó que serían capaces de tomar Bagdad sin un baño de sangre, y que los iraquíes acabarían por celebrarlo. Y que en ambas cosas él había demostrado posteriormente estar en lo cierto.” Ahora, con un millón de muertos y una sociedad en ruinas, la embajada de EE.UU. en Londres recomienda las entrevistas de Marr en la BBC.

Los colegas de Marr cerraron filas para declarar a Blair “reivindicado”. El corresponsal de la BBC en Washington, Matt Frei, dijo, “No hay duda de que el deseo de llevar el bien, de llevar los valores norteamericanos al resto del mundo, y especialmente a Oriente Medio... está actualmente cada vez más unido al poder militar.”

Esta obediencia a los Estados Unidos y sus colaboradores como una fuerza benigna “llevando el bien” fluye profundamente en el periodismo del establishment occidental. Este asegura que la catástrofe actual en Siria es responsabilidad exclusiva de Bashar al-Ásad; Occidente e Israel llevan largo tiempo conspirando para derrocarlo, no por razones humanitarias, sino para consolidar el agresivo poder de Israel en la región. Las fuerzas yihadistas desencadenadas y armadas por EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Turquía y sus representantes de la “coalición” sirven a este fin. Ellas son las que suministran la propaganda y vídeos que pasan a ser noticia en EE.UU. y Europa, y facilitan el acceso a los periodistas y garantizan una tendenciosa “cobertura” de Siria.

La ciudad de Alepo está en las noticias. Gran parte de los lectores y telespectadores ignorarán que la mayoría de la población de Alepo vive en la parte oeste de la ciudad, controlada por el gobierno. Que ellos sufren diariamente bombardeos de artillería de Al-Qaeda, organización patrocinada por Occidente, no es noticia. El 21 de julio, bombarderos franceses y norteamericanos atacaron una localidad gubernamental en la provincia de Alepo, matando hasta 125 civiles. Esto se publicó en la página 22 de The Guardian; no había fotografías.

Habiendo creado y financiado el yihadismo en Afganistán en los años 80 como Operación Ciclón – un arma para destruir la Unión Soviética-- los EE.UU. están haciendo algo semejante en Siria. Al igual que los muyahidines afganos, los “rebeldes” sirios son soldados de infantería británicos y norteamericanos. Muchos combaten por Al-Qaeda y sus variantes; algunos, como el Frente Al-Nusra, han cambiado su imagen para cumplir con las sensibilidades norteamericanas del 11/9. La CIA los dirige, con dificultad, como dirige a los yihadistas de todo el mundo.

El objetivo inmediato es destruir el Gobierno de Damasco, que, según la encuesta más creíble (YouGov Siraj), es apoyado por la mayoría de los sirios, o al menos buscan su protección, pese al barbarismo en la sombra. El objetivo a largo plazo es privar a Rusia de un aliado clave en Oriente Medio como parte de una guerra de desgaste de la OTAN contra la Federación Rusa que finalmente la destruya.

El riesgo nuclear es obvio, aunque silenciado por los medios de comunicación del “mundo libre”. Los escritores de editoriales del Washington Post, que promovieron la ficción de las armas de destrucción masiva de Irak, exigen que Obama ataque a Siria. Hillary Clinton, que públicamente se regocijó en su papel de verdugo durante la destrucción de Libia, ha indicado reiteradamente que, como presidenta, “iría más allá” que Obama.

Gareth Porter, un periodista clandestino que informa desde Washington, reveló recientemente los nombres de los que probablemente formarán un gabinete Clinton, y que planean un ataque a Siria. Todos ellos tienen un historial beligerante de guerra fría; el antiguo director de la CIA, Leon Panetta, dice que “el próximo presidente tendrá que considerar un incremento de fuerzas especiales adicionales sobre el terreno”.

Lo que más impresiona actualmente en relación con la propaganda de guerra en pleamar es su patente irracionalidad y familiaridad. He estado echando un vistazo a la filmoteca de Washington de los años 50 cuando diplomáticos, funcionarios y periodistas sufrieron la caza de brujas y fueron arruinados por el Senador Joe McCarthy por cuestionar las mentiras y paranoias sobre la Unión Soviética y China. Como un resurgente tumor, el culto antirruso ha reaparecido.

En Gran Bretaña, Luke Harding del Guardian dirige su prensa detractora contra Rusia con una serie de parodias periodísticas que asignan a Valdimir Putin toda iniquidad terrenal. Cuando se publicó la filtración de los Papeles de Panamá, en la primera página se mencionaba a Putin, y aparecía una fotografía de Putin, sin importar que a Putin no se le nombrara en las filtraciones.

Como Milošević, Putin es el Demonio Número Uno. Fue Putin quien derribó el avión de la aerolínea malasia sobre Ucrania. Titular: “Por lo que a mí respecta, Putin mató a mi hijo.” No se requirió ninguna evidencia. Fue Putin el responsable del documentado (y pagado) derrocamiento por Washington del gobierno electo de Kiev en 2014. La siguiente campaña de terror por milicias fascistas contra la población de habla rusa en Ucrania fue el resultado de la “agresión” de Putin. Impedir que Crimea se convirtiera en una base de misiles de la OTAN y proteger a la mayoría de la población rusa que había votado en referéndum reintegrarse a Rusia –a la que Crimea había estado anexionada-- fueron otros ejemplos de la “agresión” de Putin. La difamación a través de los medios se convierte inevitablemente en guerra a través de los medios. Si estalla una guerra con Rusia, de forma intencionada o por accidente, los periodistas tendrán que cargar con gran parte de la responsabilidad.

En los Estados Unidos, la campaña antirrusa ha sido promovida a realidad virtual. El columnista del New York Times Paul Krugman, un economista laureado con el Premio Nobel, ha llamado a Donald Trump el “Candidato Siberiano” porque Trump es el hombre de Putin, afirma. Trump se había atrevido a sugerir, en un momento de extraña lucidez, que la guerra contra Rusia podría ser una mala idea. De hecho, ha llegado más lejos, ha suprimido del programa republicano los envíos de equipos de armas norteamericanas a Ucrania,. “Sería formidable si cooperáramos con Rusia”, dijo.

Por esto es odiado por el establishment liberal belicista norteamericano. El racismo y la vociferante demagogia de Trump no tienen nada que ver. El historial de racismo y extremismo de Bill y Hillary Clinton puede sobrepasar con creces a cualquier día de Trump. (Esta semana es el vigésimo aniversario de la “reforma” por Clinton del estado de bienestar que dio inicio a una guerra contra los afroamericanos). En cuanto a Obama: mientras la policía norteamericana abate a tiros a sus compañeros afroamericanos, la gran esperanza de la Casa Blanca no ha hecho nada para protegerlos, nada para aliviar su empobrecimiento, al tiempo que libra cuatro rapaces guerras y una campaña de asesinatos sin precedentes.

La CIA ha exigido que Trump no sea elegido. Los generales del Pentágono han exigido que no sea elegido. El belicista New York Times –tomándose un respiro en sus despiadadas difamaciones de mala muerte sobre Putin-- exige que no sea elegido. Algo está sucediendo. Estos tribunos de la “guerra perpetua” se encuentran aterrorizados ante la eventualidad de que el multimillonario negocio de guerra mediante el cual los Estados Unidos mantienen su dominación pueda ser socavado si Trump llegara a un acuerdo con Putin, y luego con Xi Jinping de China. Su pánico ante la posibilidad –si bien improbable-- de que la gran potencia mundial llame a la paz sería la más negra farsa si el asunto no fuera tan horrendo.

“¡Trump hubiera amado a Stalin!” bramó el vicepresidente Joe Biden en un mitin por Hillary Clinton. Mientras Clinton asentía con la cabeza, él gritó, “¡Nunca nos doblegaremos. Nunca cederemos. Nunca nos postraremos de rodillas. Nunca nos rendiremos. La recta final es nuestra. Así somos. Somos América!”

En Gran Bretaña, Jeremy Corbyn también ha puesto históricos a los belicistas del Partido Laborista y a unos medios dedicados a despellejarle. Lord West, un antiguo almirante y ministro laborista, lo dejó claro. Corbyn estaba adoptando una “ultrajante” posición antibélica “para que las masas irreflexivas lo votaran”.

En un debate con el líder de la oposición Owen Smith, el moderador preguntó a Corbyn: “¿Cómo actuaría Ud. en el caso de que Vladimir Putin violara un estado miembro de la OTAN?” Corbyn contestó: “En primer lugar, Ud. querría evitar que esto sucediera. Ud. establecería un buen diálogo con Rusia... Intentaríamos introducir una desmilitarización de las fronteras entre Rusia, Ucrania y los demás países en la frontera entre Rusia y la Europa del Este. Lo que no podemos permitir es una serie de desastrosas concentraciones de tropas a ambos lados, lo cual solamente puede conducir a un gran peligro.”

Presionado a contestar si él autorizaría una guerra contra Rusia “si Ud. tuviera”, replicó Corbyn: “No deseo ir a la guerra –lo que quiero hacer es construir un mundo en el que no haya necesidad de ir a la guerra.”

La línea de interrogatorio debe mucho al ascenso de los artífices de guerras liberales británicos. El Partido Laborista y los medios de comunicación les han ofrecido desde hace largo tiempo oportunidades para hacer carrera. Por algún tiempo, el tsunami moral del gran crimen de Irak los ha dejado tambaleantes, sus declaraciones opuestas a la verdad fueron una pasajera vergüenza. A pesar de Chilcot y el cúmulo de hechos incriminatorios, Blair sigue siendo su inspiración, porque fue un “ganador”.

El periodismo y la erudición disidentes han sido desde entonces sistemáticamente proscritos o apropiados, y las ideas democráticas vaciadas y rellenas con “políticas de identidad” que confunden género con feminismo y angustia pública con liberación, y deliberadamente se ignoran la violencia de estado y la especulación armamentista que destruyen incontables vidas en remotos lugares, como Yemen y Siria, y hacen señas a la guerra nuclear en Europa y por todo el mundo.

La agitación de la gente de todas las edades en torno al espectacular ascenso de Jeremy Corbin contrarresta esto en cierta medida. Ha dedicado su vida a irradiar el horror a la guerra. El problema de Corbyn y sus partidarios es el Partido Laborista. En Norteamérica, el problema de miles de partidarios de Bernie Sanders fue el Partido Demócrata, sin hacer mención de su última traición por la gran esperanza blanca. En EE.UU., hogar de los grandes derechos civiles y movimientos antiguerra, es Black Lives Matter [Las Vidas Negras Importan] y también los que, como Code Pink [Mujeres para la Paz], establecen las bases de una versión moderna.

Pero sólo una movilización que se inflame en cada calle y a través de las fronteras y no se rinda puede detener a los belicistas. El próximo año, hará un siglo que Wilfred Owen escribió lo que sigue. Todos los periodistas deberían leerlo y recordarlo...

*Si pudieras oír, a cada sacudida, la sangre  
fluyendo borbotante de espumosos pulmones corruptos,  
obscena como cáncer, amarga como el bolo  
de repugnantes, incurables úlceras en inocentes lenguas,  
amigo mío, no dirías con tanto entusiasmo  
a los niños apasionados por una gloria sin esperanza  
la vieja mentira: Dulce et decorum est  
Pro patria mori.  
(Es dulce y honorable morir por la patria)*

**Follow John Pilger on twitter @johnpilger**